

La política como oportunidad

DANIEL INNERARITY

Casi todos los motivos de desprecio hacia la política suelen radicar en la quiebra de una expectativa desmesurada. La formulación de los objetivos políticos coincide en el tiempo con las campañas electorales, momento poco apropiado para la reflexión. Los proyectos políticos son imaginados entonces como si se fuera a disponer de una mayoría absoluta y la realidad social pudiera ser fácilmente maleable. Pero lo cierto es que las elecciones se ganan con una doctrina que debe ser abandonada precipitadamente en cuanto se constituye el nuevo escenario político. A partir de ese momento, con el graderío sembrado de promesas, el espectáculo que se ofrece no puede dejar de ser percibido como un ejercicio de oportunismo, componendas y transacciones inconfesables. Tal vez por eso los pactos sean suscritos de una manera tan vergonzante y tan fácilmente criticados por la oposición. La acción política aparece entonces como una estrategia de apañeo para mantenerse a flote, como un ejercicio de improvisación y rectificaciones apresuradas.

En este panorama, defender el arte de la oportunidad política —tal es mi intención— supone hacerse acreedor de todas las iras que se dirigen contra los abusos de la política. Si, a pesar de todo, insisto en mi propósito, es porque pienso que el don de la oportunidad no equivale al oportunismo, pero despoja a los asuntos polí-

ticos de esa deriva permanente hacia la región de las cuestiones de principio. La racionalidad de la política es el aprovechamiento de la oportunidad, algo de lo que son incapaces los doctrinarios y que desprestigian los oportunistas con su conducta mezquina.

Las instituciones políticas suelen combinar con frecuencia ambas cosas, pues la apelación teórica a los principios no es incompatible con una práctica chapucera. A veces el doctrinarismo y la chapuza se llevan estupendamente, en un mismo partido e incluso en una misma persona, dependiendo del día de la semana o del calendario electoral. Se elaboran los programas políticos sin tomar nota de lo posible y se gestiona la cosa pública sin tener en cuenta lo que sería deseable. Los gabinetes para la imaginación del futuro definen los objetivos sin contar con las posibilidades y los gestores del presente manejan las posibilidades sin respetar los objetivos. Política de diseño y política de remiendo conviven y se legitiman mutuamente. Están hechas la una para la otra.

Entender la política como el discernimiento inteligente de la oportunidad supone alejarla del doctrinarismo que trata de imponer unos esquemas rígidos a un mundo complejo. La política no comienza con un plan exacto, un contrato social

originario o una plataforma de consenso. No existe un ideal político independiente de la práctica y de la experiencia, que es siempre limitada, escasa, finita y posibilista. El filósofo liberal Michael Oakeshott tenía un ejemplo favorito para criticar el absolutismo de la teoría en política. Se trata de la historia de la invención de los *bloomers*, una especie de bombachos o pantaletas, cuyos creadores presentaron con una retórica enfática para defender que era la única vestimenta racional para que las mujeres montaran en bicicleta. Evidentemente, los *bloomers* no era ni la única ni la más racional de las soluciones, sino la más plausible de las que se podían imaginar en 1880 para el problema de cómo debían vestir las mujeres sobre la bicicleta. Lo que esa prenda realmente satisfacía era un conjunto de necesidades, demandas y prejuicios que nadie hasta entonces había conseguido articular. Los *bloomers* no eran la solución racional que se deducía de unos principios; eran simplemente la mejor improvisación de la que alguien fue capaz en aquel momento. Para Oakeshott todas las ocurrencias políticas son *bloomers*. Las soluciones a los problemas prácticos que se presentan como deducciones irrefutables de unos principios terminan por revelarse como una reflexión improvisada del consenso social implícito en cada época.

El error consiste en pensar que cualquier cosa que hacemos se basa en principios abstractos o planes ideales. En la política no puede separarse el acto de pensar sobre ella de su realización en la actividad de cocinar. Nadie se hace cocinero adquiriendo una idea teórica de la esencia del ajoarriero. El proyecto y el plato surgen al mismo tiempo. Un libro de cocina no ha sido elaborado al margen de la experiencia concreta de lo que la cocina da de sí. El *Arguiñano* es una síntesis de lo que el cocinero ya sabe hacer; el libro es un resultado de la actividad, no su origen. Por eso un mal cocinero no es alguien que ha leído pocos libros sobre la materia, que carece de una concepción acerca de cuál debería ser el mejor modo de cocinar. Un mal cocinero es, sencillamente, alguien que cocina mal.

Lo que un político tiene a la vista son oportunidades que puede aprovechar, no libros que debería leer antes de tomar las decisiones. Por eso la política va siempre por detrás; es una respuesta, mejor o peor, a una coyuntura, no una iniciativa absoluta. Las decisiones que parecen más audaces están precedidas por determinadas situaciones sociales. No se permitió votar a las mujeres porque sus derechos fueran repentinamente descubiertos, sino porque en otros muchos asuntos ya tenían de hecho poder de decisión. Los gestos inaugurales suelen ser sanciones de circunstancias que están a punto de imponerse por completo. Actualmente se emplea mucho la expresión «liderar», pero de un buen político no deberíamos esperar mucho más que una agudeza especial para percibir los momentos oportunos. De hecho, cuántos éxitos políticos son explicables por el aprovechamiento inteligente de una buena situación económica y cuántos fracasos se deben a la mala fortuna, a que una buena idea se presentó en un momento inoportuno, o sea, que no era tan buena.

Una teoría política debería incluir un elogio del apremio, de la necesidad hecha virtud. Casi todas las cosas buenas que desde la política se consiguen para la sociedad fueron el resultado de que alguna circunstancia impedía que se hiciera lo contrario. La división de poderes no fue una ocurrencia de los poderosos para mandar menos sino un freno que los gobernados hicieron valer cuando pudieron amenazar con la desobediencia. Las conquistas laborales no se han debido a la generosidad social de la patronal sino a su temor a la ruina económica. Por lo general, no nos pusimos de acuerdo para realizar algo común porque sintiéramos un fervor inexplicable por el consenso, sino porque no había más remedio. Las situaciones fáciles —como una mayoría absoluta, una ciudadanía dócil o una coyuntura económica muy favorable— invitan a políticas de corto alcance, a no limitar el propio poder, a despreciar al adversario. Como puede acreditarse históricamente, el cierto político le debe mucho a la imposibilidad de hacer otra cosa. Por eso no es un buen político quien afir-

ma que, tal y como están las cosas, no hay nada que hacer, porque la política consiste precisamente en hacer lo que se pueda según como estén las cosas.

El político se parece mucho a los varones de ciertas tribus del Pacífico austral que gimen ruidosamente dolores de parto fuera de la choza mientras sus mujeres están pariendo dentro; uno simula las penas, pero la otra es quien da a luz. Las discusiones políticas son ruidos frecuentemente ineficaces en espera de que llegue el último momento posible para realizar los cambios inevitables. Nos han enseñado que esto es lo que hace de la política algo frustrante, irresponsable y fraudulento, pero deberíamos acostumbrarnos a considerar que esto es lo que la constituye.

El éxito de muchos políticos se debe a que no ofrecen más de lo que se espera de un dirigente democrático en una sociedad democrática: que esté preocupado por la sociedad en su conjunto, que tenga sensibilidad para captar lo que la gente quiere y acepte esta voluntad como la orientación básica de sus acciones. Criticar esta política de oportunista obedece al error de pensar que un gobierno legítimo debe tener una teoría coherente en su núcleo, que un político no debería ser un buen gestor sino un pensador profundo. Con esto no quiero decir que el político sea un espectador obediente de lo que pasa, incapaz para la teoría y el riesgo, un conservador de la tendencia dominante. Para dar con la oportunidad se requiere trabajo, imagi-

nación y valentía, aunque en unas dosis menos ruidosas que las necesarias para ejercer de activista visionario. Esta defensa de la improvisación política tampoco es una coartada para la rendición ante el mercado. Determinado liberalismo entusiasmado por el mercado y la privatización participa del mismo furor programador que sus ideologías aparentemente opuestas. Un plan para oponerse a toda planificación puede ser mejor que lo contrario, pero pertenece al mismo estilo de política.

La alternativa es una política en que las ideas desempeñen una función similar a la que tienen las hipótesis en la ciencia. Cabe juzgar acerca de su utilidad, valor, efectos o acierto, sin que esto suponga decidir si corresponden a un principio abstracto pre-existente. Las acciones acreditan a las ideas y no al revés. Cuando algo va mal, va mal porque va mal, no porque sea teóricamente inconsistente o responda a un plan mal aplicado. El triunfo de la política democrática consiste en convertir en virtudes las faltas de coherencia, las rectificaciones sobre lo inicialmente diseñado o la improvisación apresurada. Solía decir Orwell que el juicio acerca de la moralidad de un político debería hacerse sobre la base de si dejaba un olor limpio a su paso. Si nuestra idea del héroe político no se contenta con esa modesta apreciación, deberíamos preguntarnos si estamos buscando en la política un tipo de salvación que ésta no puede proporcionar, afortunadamente.